

EUROPA O LA CULTURA DE LA ADVERSIDAD
IX

PLAZA MAYOR

"A Madrid nos vamos todos
Mas yo llegaré primero
Por tu vas en persona
Y yo voy de pensamiento"

Madrid es una ciudad que constituye una hazaña de la heroicidad urbana. Desde la romana "Mantua Carpetanorum" hasta nuestro tiempo, Madrid ha tenido que enfrentarse a su gran paradoja política: crear una cultura de metrópolis, dándole la espalda a una sierra que la vigila desde un topé indigenista, dándole el frente a una de esas culturas abismales que produce el sentido de soledad.

Los biógrafos de la ciudad hablan de un ceñudo castillo - fortaleza, magnífico en su aislamiento, posiblemente dominado por los carpetanos gente ruda, de una sobriedad incompatible con su tradición guerrera, diestra en la guerra de montaña, que en el siglo X se conocía como "Magerit". ¿Cuando fué que empezó a llamarse Maydrit? Ahora que contemplo desde el Palacio de Oriente, que se dice emplazado en el mismo sitio que ocupara el "Magerit" nebuloso, el vacío impresionante que alrededor de la villa matritense ha creado la na-

turalaleza, Madrid me parece como la contravisión de otra ciudad que no logra materializarse dentro de la veladura reberberante de la estepa castellana. He aquí una ciudad que ha tenido que sufrir toda esa oscura adversidad que produce el antagonismo fronterizo.

Por más de seis siglos huyó de ella la capitalidad española. Durante esa larga espera Madrid se improvisa a sí misma en capital de una idea política que todavía no ha madurado, dispuesta a refugiarse en la sierra como lo hacían sus pobladores primitivos, tan pronto se viera amenazada por la hegemonía de estilo de Castilla, preparada para fugarse por la ancha llanura manchega, tan pronto se viera acosada por los ídolos de las cuevas carpetovetónicas. Su única transacción posterior con Castilla es el Monasterio de San Lorenzo del Escorial; su única concesión a la Sierra es ese pequeño paraíso vegetal que empieza en la Moncloa y termina en Campo del Moro. Los sociólogos españoles todavía están esperando el momento en que Madrid se decida a horadar la Sierra o invadir la estepa.

El primer rey que la toma en serio, Carlos III, ha sido antes Rey de las Dos Sicilias, a quien no es difícil imaginar deslumbrado por el barroco italiano, o por esa especie de depotismo artístico que constituye

el rococó francés, y su primera capital ha sido Nápoles, una ciudad que abre hacia un golfo. Los historiadores de la arquitectura española tienen poco que decir de Madrid. El retraso con que adviene a la capitalidad la excluye de la época de esplendor de los estilos propiamente nacionales, el mudéjar, el isabelino, lo plateresco. Madrid por fuerza tenía que organizarse dentro de un estilo barroco, un estilo urbano un poco apretujado sobre la solemnidad masiva del arquetipo capitalense histórico, con una frondosa aura de conflicto humano que se resuelve sobre un centroespacio ideal, que rompe con la proporción clásica de la urbe, con la misma arrogancia con que el transparente de la Catedral de Toledo rompe con la concepción del espacio renacentista. Ese vecindario virado hacia adentro que se extiende desde la Plaza de Santa Bárbara hasta la Glorieta de San Bernardo, desde la calle de los Mártires de Alcalá hasta la Puerta de Toledo, desde el campillo de Mundo Nuevo hasta el Paseo de Atocha y desde la cuesta de Moyano hasta los jardinillos de Recoletos constituye el Madrid barroco, este Milagro inespacial de la neutralidad de un estilo urbano que no tiene solución de continuidad con su poliespacio histórico, que se llama Madrid.

Este viraje hacia adentro va esquinando en una

arbitraria línea maestra la estructura barroca. Madrid es una ciudad que da la sensación de estar flotando sobre su basamento telúrico. Es una ciudad sin espalda geométrica, que trata de abrir sobre una plaza, Plaza de la Villa, Plazuela de la Paja, Plaza de la Cebada, Plaza del Rastro del Rey, Plaza de las Salesas, Plaza del Callao, Plaza de las Comendadoras, Plaza Mayor. Pero la plaza Madrileña no es ese pequeño artificio de la jardinería urbana donde logran acoplarse unos cuantos estilos antagónicos; es una plaza seca, en la cual translucen unos árboles esquemáticos que cuelgan sus hopalandas grises sobre un suelo caliginoso, un pequeño patio de maniobras que se escapa por los portales, para convertirse en un puente levadizo entre el sentido señorial y la picardía villense.

Madrid es una de las pocas ciudades que le queda al Occidente europeo donde el hombre se le ha impuesto a la urbe. No es una ciudad concebida antes que pueda funcionar la fantasía popular. Tiene ese gracioso tumulto del "burgo" que trata de arrimarse a la buena sombra. Las casas mas linajudas de la villa parecen haberse doblegado al capricho de un vecino encelado que trata de evitar toda intimidad de su casa con la otra. Se ve que aquí ha funcionado "el infierno de los celos" como un

subconciente colectivo. A su vez la ciudad ha tenido que proveer una red de pequeños callejones para complacer el hedonismo urbano de su vecino, desde la Plaza del Humilladero hasta la puerta magnética, desde el Paseo de los Melancólicos hasta el Oratorio del Caballero de Gracia.

El gran estilo matritense reposa en una audaz deshumanización de las categorías urbanas. Ni la urbe románica trazada dentro del severo paralelismo etrusco, ni el ascensionismo medioeval, ni la ciudad renacentista que concibe la simplicidad arquitectónica de la Sociedad burguesa, ni la rosa de los cuatro vientos que ensaya la arquitectura imperial, ni la constelación planificada de esos absurdos estilos industriales que padece nuestro tiempo, han funcionado dentro del historicismo urbano matritense.

La deshumanización de las categorías urbanas ha permitido la integración de un estilo más aéreo, mas gracioso, un estilo que ondula sobre las estructuras formales con cada particular dorada que mueve el irres-puculo madrileño, un estilo que se estiliza a sí mismo dentro de un ensueño propio, el cual nos resulta difícil de situar dentro del catálogo histórico pero que sentimos profundamente integrado en algo que podría llamarse el

humanismo arquitectónico.

Madrid comienza por la Villa de Madrid, el mapa de lo barroco Madrileño que ya hemos deslindado y termina con la corte matritense. Tal vez fuera este fortuismo consistorial el que permitió la instalación inicial de una estética urbana de tan poco compromiso con el clasicismo arquitectural. Las ciudades por lo general integran su estilo, tomando inspiración de ciertos arquetipos de extraordinario vigor artístico, que trabajan la sensibilidad popular desde un resplandor autoritario. El palacio relumbra en la noche como una centelleante profecía que desciende hasta un vecindario nortecino. Hasta Felipe II Madrid apenas conoce de ese palacio que relumbra dentro de la noche profética. Por eso el pequeño "burgo" matritense se olvida del alcazar para pensar en esos pequeños palacios de la Plaza de la Villa, la Casa de Cisneros, la Primera Casa Consistorial, la Casa de los Lujanes tan metidos dentro del aura madrileña, mientras que el Madrid moderno que ya conoce a Felipe IV, a Velázquez, a Felipe V, -el palacio real-, a Carlos III, el italianismo y la meca artística para el artista extranjero- y a Isabel II, - el plan de urbanización concebido desde

afuera, se encuentra ya comprometido dentro de un destino mas universal, o tal vez, mas europeo.

La apreciación estética cuando tiene que enfrentarse con cuerpos vivos tan complejos como suelen ser las ciudades necesita de una cala de menor precisión realística pero de mayor alcance dentro del complejo poético, para poder explicar esta vida misteriosa que viven las ciudades por encima de la lógica histórica o de la sociología empírica. Todavía por ese trasfondo permeable que constituye la leyenda urbana, puede lograr sentido algo que rueda por el tiempo crítico como un contrasentido. En Madrid todavía existe en una dimensión un poco arbitraria pero plena de inmanencias clásicas, la armonía contemporánea de dos palabras accidentales que ha logrado, transmutándose su doble contrasentido urbano, crear una adecuada proporción entre el hombre y su ámbito arquitectónico. El estilo urbano que produce la villa, no empuja a su buena politicidad dentro de las concepciones urbanas de la civilización grecoromana, o, a su deterioro frente a esa exaltación un tanto naturalista, que produce en el núcleo contemplativo el gran paisaje, o, a ese empecinamiento romántico con que suelen auparse dentro del ethos artístico los palacios abandonados a su propia leyenda. -¿por qué me acuerdo ahora de la visión

de Velázquez ante la Villa de Medicis en Roma?- puede servir de albergue a una concepción mas humanística de la proporción que debe existir entre el hombre y su ámbito urbano. El estilo urbano que produce la corte, no empece a su tragedia secular de imponer la irreal valoridad del símbolo sobre todos los espavientos humanos, o, a esa fría proporción con que trata de magnificar su polifacile heróica dentro de la conciencia de los tiempos adversos, o, a esa eterna soledad que en los arquetipos sobrenaturales produce el quietismo arquitectónico, - a Versailles lo salvan aquellos rostros apostólicos de las esculturas de su cornisamento-, puede servir de albergue a una concepción más humanística de la proporción que debe existir entre el hombre y su mística social.

El hallazgo matritense es el resultado de esa gran atmósfera humana que crea el historicismo villense -individuum est ineffabile- cuando logra funcionar fuera de la objetividad histórica del estilo cortesano. Como la corte llega a la villa cuando ya la villa es adulta, Madrid resulta un caso extraordinario de ciudad moderna donde las areas de vecindad humana tienen un rango urbano superior a las areas oficiales y a los centros mercantilistas. El hombre no está desposeído de las

areas más hermosas de su ciudad, ni desplazado hacia el arrabal inocuo. El estilo cortesano, con un gran tacto político, ha ido rodeando al barroco madrileño, como una extra-vecindad impuesta por el complejo social, que empieza en el Palacio de Oriente, asciende hasta la Avenida de la Reina Victoria, sigue por la Castella hasta el Eugenio Paseo del Prado, se repliega hacia la rosaleda del Parque del Retiro y termina en el Jardín Botánico.

La "Simpatía" que inspira Madrid el viajero americano es resultado del contraste que existe entre este placentero estilo Madrileño que persiste en mantener la vida al alcance de la mano del hombre y el angustioso estilo americano donde la ciudad como que se le escapa al hombre de la mano para acorralarlo en una soledad trágica. Para el viajero americano, nacido dentro de ese aforismo bárbarico que ha impuesto el subconciente contributivo, que preconiza la preeminencia de lo colectivo sobre lo individual, sin darse cuenta que lo colectivo es la suma exacta de las tragedias individuales que necesita una abstracción para producir todo lo contrario de lo que se propone, Madrid constituye una vindicación. Cada dibujo ornamental, cada fachada, cada portal es producto de una fantasía distinta,

donde lo colectivo se resuelve dentro de un cromatismo profundo, que al disolverse en la contingencia urbana, forma como una aureola de libertad al espíritu del hombre.

El Madrileño vive en tal intimidad con su ciudad que algunas veces creemos que la ciudad camina con él, como el pañuelo dentro del bolsillo. En Madrid toda la ciudad coexiste como área histórica y como área moderna, como área religiosa y como área profana, como vecindario y ministerio. Basta doblar hacia la izquierda o hacia la derecha para toparse con el pasado o con el presente, en el callejón legendario o con la gran vía, con la artesanía orfebrecida o con la mercería suntuaria, con el atrio o la glorieta, con el columnario celeste o la puerta de tierra.

Madrid no es la gran urbe que ha debido producir el descubrimiento de América. Algunas veces cuando se camina por la Calle de Alcalá, desde el Palacio de Buenavista hacia la Puerta del Sol, el ánimo desprevenido siente esa rara sensación que comunica la Wall Street Norteamericana:- ¡he aquí una calle organizada para dirigir los negocios del Mundo;- Pero la calle de Alcalá es corta; tan pronto llega a la Iglesia de las Calatravas como que se humaniza, la Real Academia de Bellas Artes de

San Fernando la incorporó al Mapa Artístico, y termina siendo como es la clásica calle Matritense, un pequeño viaducto que flota entre el hombre y su apetencia arquitectónica. Se ve que el descubrimiento de América fué más una hazaña religiosa, una aventura heroica de sus grandes capitanes, que una empresa mercantilista. Tampoco se encuentra en la capital española esa solemne grandiosidad que suele instaurar a su alrededor la gran sede religiosa. Todas las grandes catedrales españolas están fuera de Madrid, Las iglesias matritenses conservan el mismo sentido de proporción que mantiene el resto del caura madrileña.

Algo parecido acontece con ese imponente macizo humanista que se extiende desde la Plaza de Colón hasta la Plaza del Emperador Carlos V, el Museo de América, el Museo Arqueológico, el Museo Nacional de Arte Moderno, la Biblioteca Nacional, el Museo Naval, la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación, el Museo Nacional de Artes Decorativas, el Museo del Ejército, la Real Academia de la Lengua, las unidades esculturales del Parque del Retiro y esa joya de la grandeza Madrileña que constituye el Museo del Prado, que por estar situado dentro de la composición mas europea del Madrid moderno, no logra romper la proporción arcaica de la ciudad, como acontece con

otras ciudades de Occidente cuando la capitalidad las obliga a convertirse en el centro del humanismo nacional.

Cada ciudad le inventa al viajero un paseo reparador para que restablezca un poco esa habitualidad del paisaje que constituye el verdadero reposo del sedentario. En París hay que caminar desde el Puente de Alejandro III hasta la Catedral de Notre Dame, a orillas del Sena, para olvidarse del resto de la ciudad. En Madrid hay que caminar desde el Parque del Retiro, un jardín que parece bocetado por Velázquez, después de su viaje a Italia, hasta la Plaza Mayor, para abstraerse del resto de la ciudad. Todo lo que en el Parque del Retiro es compostura, molindre señorial, fondo bisfumado en plata para las esculturas y en verdinegro para esos arboles centenarios de que tanto gusta el estilo cortesano, es aguafuertismo, brocha brusca, humanidad densa en la Plaza Mayor. Mientras en el Parque del Retiro se puede entender a Velázquez, a sus meninas, a sus hilanderas, en la Plaza Mayor solo cabe la profecía surrealista de Goya, sus cacharrereros, sus peleles, sus fusilados.

¡Hermosa Plaza Mayor de Madrid; Esta tarde que la contemplo repleta de soldados, de horteras, de fámulas de casa media, aguadoras de doble anca, vendedoras de tabaco rubio, fachendas picados de viruela blanca y sor-

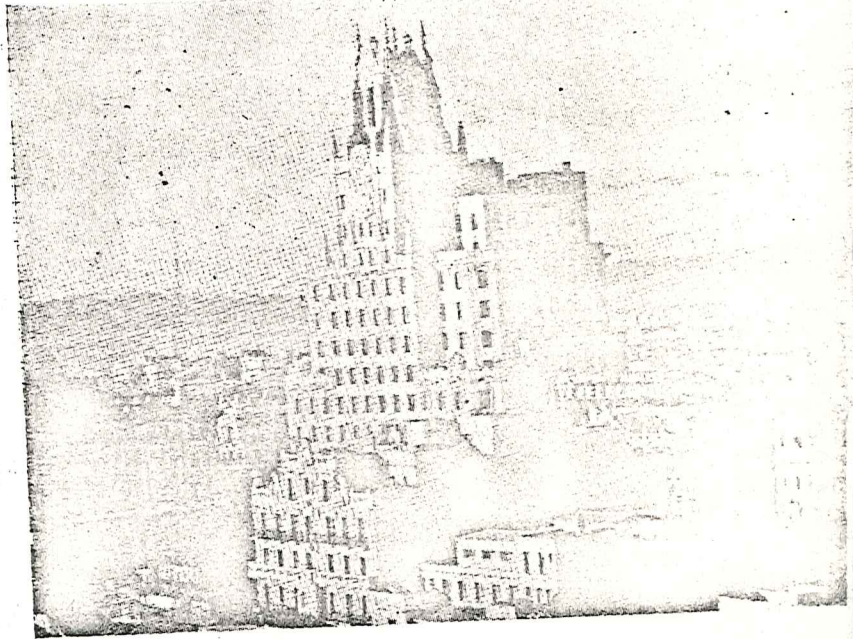
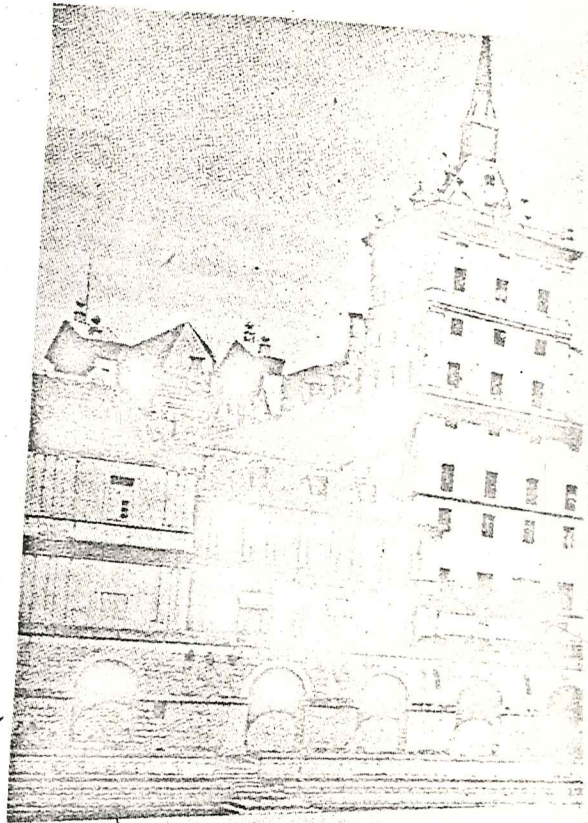
tilegistas del gran premio, puede reconstruir, a través de ese entrever evanescente que produce la evocación, aquella otra visión del 1765, responsable del pimentoso sainete de don Ramón de la Cruz, con aquella criada de dos camisas, sujeta al guante y a la basqueña de mucho vuelo por ser las prendas que se ven de fuera, con aquel bachiller pegote que tuvo que festejar su navidad con una sopa de gato y aquel ceremonioso Ponce que gustaba de pasear su capa de usía entre majas y mauleros. ¿Será verdad que el tiempo camina tan ligero como instuye nuestro presentimiento de la muerte? ¿Será posible que nada de la vida intrascendente que vivimos tantos al mismo tiempo se pueda salvar de esa etérea destrucción que presupone el devenir? Porque esta ama de casa, de cabeza noble, y malicia filosa que registra inexorablemente canasta tras canasta, se parece como la gota de agua al mar, a aquella beata dolorida que solía lamentarse de su mala fortuna en el Sainete Madrileño del 1765:

¡Quien te dijera, doña Ana
de Zápalos, cuando eras
el asombro de la corte
por tu pico y tu belleza,
llegara el tiempo en que tú
con todas tus reverendas,
a pie, con poco dinero
y manto prestado fueras
por escarola a la plaza;

Algo hay en las ciudades que no muere. Siempre
en algún rincón recóndito encontramos algo de esa vida

mágica que subsiste por encima de todas las leyes ciegas que gobiernan nuestro mundo físico. Plaza Mayor se encuentra inmantada a uno de esos misterios que produce la intemporalidad por encima de la razón del tiempo. Tal vez un arquitecto se maraville de la composición dramática que se puede lograr con unos estilos arquitectónicos de tan escasa pretensión monumental. Tal vez el Sociólogo se sienta intrigado ante un estilo arquitectónico que parece extravasado en la vida que lo circunda. Tal vez un filósofo pueda resentirse de la arrogancia vital que todavía se atreve a lucir un sitio cabalístico, condenado por la liturgia histórica, a sumergirse dentro del claroscuro misterioso de la inmortalidad. Más para el viajero, Plaza Mayor será siempre el arpa madrileña, un arpa en cuyas cuerdas aún vibra la resonancia de un tiempo sin tiempo, que despierta en la conciencia emocional, aquella parte de la historia que todavía le pertenece al ensueño.

EMILIO S. BELAVAL



Madrid, capital de España, da la sensación de estar flotando sobre su basamento telúrico. Aquí tenemos una vista parcial de la ciudad con la sierra del Guadarrama al fondo.

PLAZA MAYOR

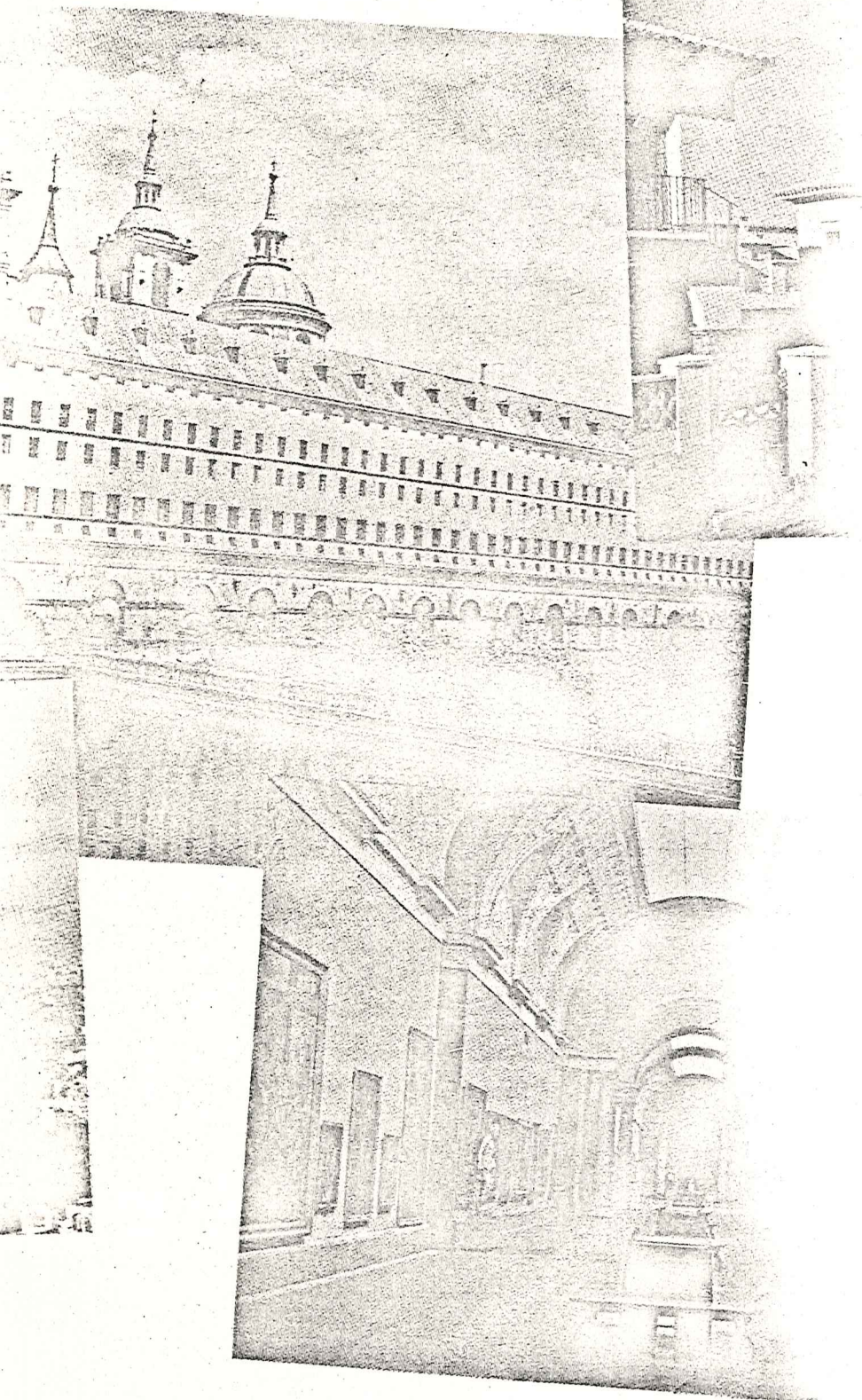
"A Madrid nos vamos todos mas yo llegaré primero porque tú vas en persona y yo voy de pensamiento."

Por EMILIO S. BELAVAL

Exclusivo para Puerto Rico Ilustrado

ORT
29 dic. 51

El Monasterio de San Lorenzo del Escorial es casi la única concesión que le ha hecho Madrid a su fondo serrano.

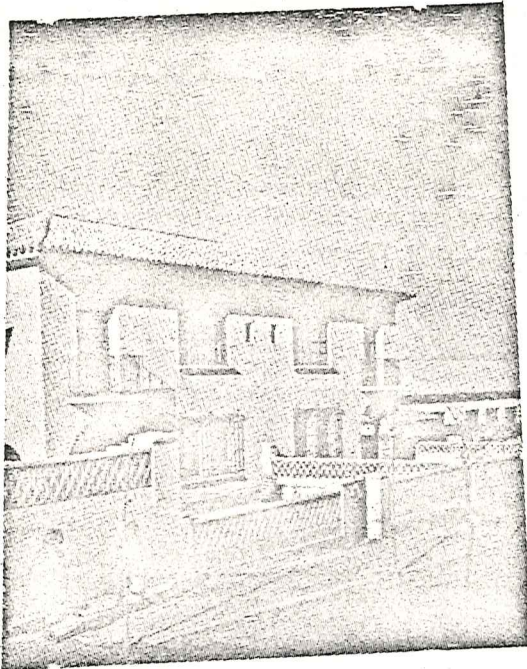


Este es el segundo de tres artículos sobre Madrid. Vienen a ser éstos una segunda parte de la serie que con el título general de *Eurota o la Cultura de la Adversidad* publicara el autor en las ediciones de esta revista del 11 de agosto al 6 de octubre.

● Madrid es una ciudad que constituye una hazaña de la heroicidad urbana. Desde la romana "Mantua Carpetanorum" hasta nuestro tiempo, Madrid ha tenido que enfrentarse a su gran paradoja política: crear una cultura de metrópolis, dándole la espalda a una sierra que la vigila desde un

tope indigenista, dándole el frente a una de esas culturas abismales que produce el sentido de soledad.

Los biógrafos de la ciudad hablan de un ceñudo castillo — fortaleza, magnífico en su asislamiento, posiblemente dominado por los carpetanos, gente ruda, de una sobriedad incompatible con su tradición guerrera, diestra en la guerra de montaña, que en el siglo X se conocía como "Magerit". ¿Cuándo fué que empezó a llamarse Madrid? Ahora que contemplo desde el Palacio de Oriente, que se dice emplazado en el mismo sitio que ocupara el "Magerit" nebuloso del siglo X, el vacío impresionante que alrededor de la villa matritense ha creado la na-



La arquitectura urbana de Madrid se apretuja un poco en medio de la solemnidad del arquetipo capitalense histórico. Las nuevas construcciones parecen buscar la buena sombra de los edificios antiguos.

turalidad, Madrid me parece como la contravisión de otra ciudad que no logra materializarse dentro de la veldura reberberante de la estepa castellana. He aquí una ciudad que ha tenido que sufrir toda esa oscura adversidad que produce el antagonismo fronterizo.

UNICA CONCESION

● Por más de seis siglos huyó de ella la capitalidad española. Durante esa larga espera, Madrid se improvisa a sí misma en capital de una idea política que todavía no ha madurado, dispuesta a refugiarse en la sierra como lo hacían sus pobladores pri-



El Museo del Prado incorpora a Madrid al mapa artístico europeo. En él, sobre todo, se pueden apreciar las obras de los grandes maestros españoles.

mitivos, tan pronto se viera amenazada por la hegemonía de estilo de Castilla, preparada para fugarse por la ancha llanura manchega tan pronto se viera acosada por los ídolos de las cuevas carpetovetónicas.

Su única transacción posterior con Castilla es el Monasterio de San Lorenzo del Escorial; su única concesión a la sierra es ese pequeño paraíso vegetal que empieza en la Moncloa y termina en Campo del Moro. Los sociólogos españoles todavía están esperando el momento en que Madrid se decida a horadar la sierra e invadir la estepa.

El primer rey que la toma en serio. Carlos III, ha sido antes Rey de la

Dos Sicilias, a quien no es difícil imaginar deslumbrado por el barroco italiano, o por esa especie de depotismo artístico que constituye el rococó francés, y su primera capital ha sido Nápoles, una ciudad que abre hacia un golfo.

Los historiadores de la arquitectura española tienen poco que decir de Madrid. El retraso con que adviene a la capitalidad, la excluye de la época de esplendor de los estilos propiamente nacionales, el mudéjar, el isabelino, lo plateresco. Madrid por fuerza tenía que organizarse dentro de un estilo barroco, un estilo urbano un poco apretujado sobre la solemnidad masiva del arquetipo capitalmente histórico, con una frondosa aura de conflicto humano que se resuelve sobre un centroespacio ideal, que rompe con la proporción clásica de la urbe con la misma arrogancia con que el transparente de la Catedral de Toledo rompe con la concepción del espacio renacentista.

Ese vecindario virado hacia adentro que se extiende desde la Plaza de Santa Bárbara hasta la Glorieta de San Bernardo, desde la calle de los Mártires de Alcalá hasta la Puerta de Toledo, desde el campillo de Mundo Nuevo hasta el Paseo de Atocha y desde la cuesta de Moyano hasta los jardinitos de Recoletos constituye el Madrid barroco, el milagro inespacial de un estilo urbano que no tiene solución de continuidad con su poliespacio histórico, que se llama Madrid.

CIUDAD QUE FIOTA

● Este viraje hacia adentro va esquinando en una arbitraria línea maestra la estructura barroca. Madrid es una ciudad que da la sensación de estar flotando sobre su basamento telúrico. Es una ciudad sin espalda geométrica, que trata de abrir sobre una plaza, Plaza de la Villa, Plazuela de la Paja, Plaza de la Cebada, Plaza del Rastro, Plaza del Emperador Carlos V, Plaza del Rey, Plaza de las Salesas, Plaza del Callao, Plaza de las Comendadoras, Plaza Mayor.

Pero la plaza madrileña no es ese pequeño artificio de la jardinería urbana, donde logran acoplarse unos cuantos estilos antagónicos; es una plaza seca, en la cual translucen unos árboles esquemáticos que cuelgan sus hopalandas grises hasta un suelo caliginoso, un pequeño patio de maniobras que se escapa por los portales para convertirse en un puente levadizo, entre el sentido señorial y la picardía villense.

Madrid es una de las pocas ciudades que le queda al Occidente europeo, donde el hombre se le ha impuesto a la urbe. No es una ciudad concebida antes que pueda funcionar la fantasía popular. Tiene ese gracioso tumulto del "burgo" que trata de arrimarse a la buena sombra.

Las casas más linajudas de la villa parecen haberse doblegado al capricho de un vecino encelado, que trata de evitar toda intimidad de su casa con la otra. Se ve que aquí ha funcionado "el infierno de los celos" como un subconsciente colectivo. A su vez la ciudad ha tenido que proveer una red de pequeños callejones para complacer el hedonismo urbano de su vecino; desde la Plaza del Humilladero hasta la puerta magnética, desde el Paseo de los Melancólicos hasta el Oratorio del Caballero de Gracia.

ESTILO AEREO

● El gran estilo matritense reposa en una audaz deshumanización de las categorías urbanas. Ni la urbe romántica trazada dentro del severo paralelismo etrusco, ni el ascensionismo medioeval, ni la ciudad renacentista que concibe la simplicidad arquitectó-

nica de la sociedad burguesa, ni la rosa de los cuatro vientos que ensaya la arquitectura imperial, ni la constelación planificada de esos absurdos estilos industriales que padece nuestro tiempo, han funcionado dentro del historicismo urbano matritense.

La deshumanización de las categorías urbanas ha permitido la integración de un estilo más aéreo más gracioso, un estilo que ondula sobre las estructuras formales con cada partícula dorada que mueve el crepúsculo madrileño, un estilo que se estiliza a sí mismo dentro de un ensueño propio, el cual nos resulta difícil situar dentro del catálogo histórico, pero que sentimos profundamente integrado en algo que podría llamarse el humanismo arquitectónico.

Madrid comienza por la Villa de Madrid, el mapa de lo barroco madrileño que ya hemos deslindado y termina con la corte matritense. Tal vez fuera este fortuismo consistorial el que permitió la instalación inicial de una estética urbana de tan poco compromiso con el clasicismo arquitectural.

Las ciudades por lo general integran su estilo tomando inspiración de ciertos arquetipos de extraordinario vigor artístico, que trabajan la sensibilidad popular desde un resplandor autoritario. El palacio relumbra en la noche como una centelleante profecía que desciende hasta un vecindario mortecino.

Hasta Felipe II, Madrid apenas conoce de ese palacio que relumbra dentro de la noche profética. Por eso el pequeño "burgo" matritense se olvida del alcázar, para pensar en esos pequeños palacios de la Plaza de la Villa, la Casa de Cisneros, la Primera

Casa Consistorial, la Casa de los Lujanes, tan metidos dentro del aura madrileña, mientras que el Madrid moderno que ya conoce a Felipe IV — Velázquez — a Felipe V, — el palacio real, — a Carlos III, — el italianismo y la meca artística para el artista extranjero — y a Isabel II, — el plan de

(Continúa en la página 54)



MATIAS PHOTO SHOP

Dealer Kodak Autorizado
Tel. 2-5341 — Fortaleza 200
San Juan, Puerto Rico.

Siempre Ofrece lo Mejor en

- CAMARAS
- PROYECTORES
- CINE-KODAKS

Ventas a Plazos Cómodos
De Todo Para el Fotógrafo

*Conozca
al favorito
de Escocia*



NACIÓ EN 1820 —
SIGUE TAN CAMPANTE

**JOHNNIE
WALKER**

WHISKY ESCOCÉS

*La bebida distinguida
en todas partes*

BLENDÉD SCOTCH WHISKY — 86.8 PROOF

Agentes: F. & J. M. Carrera, Inc., San Juan, Puerto Rico

urbanización concebido desde afuera, — se encuentra ya comprometido dentro de un destino más universal, o tal vez más europeo.

VIDA MISTERIOSA

● La apreciación estética, cuando tiene que enfrentarse con cuerpos vivos tan complejos como suelen ser las ciudades, necesita de una cala de menor precisión realista pero de mayor alcance dentro del complejo poético, para poder explicar esta vida misteriosa que viven las ciudades por encima de la lógica histórica o de la sociología empírica.

Todavía por ese trasfondo permeable que constituye la leyenda urbana, puede lograr sentido algo que rueda por el tiempo crítico como un contrasentido. En Madrid todavía existe, en una dimensión un poco arbitraria pero plena de inmanencias clásicas la armonía contemporánea de dos palabras accidentales que ha logrado, transmutándose su doble contrasentido urbano, crear una adecuada proporción entre el hombre y su ámbito arquitectónico.

El estilo urbano que produce la villa, no empece a su buena politicidad dentro de las concepciones urbanas de la civilización agrícola, a su deterioro frente a esa exhaltación un tanto naturalista, que produce en el núcleo contemplativo el gran paisaje, a ese empecinamiento romántico con que suelen auparse dentro del ethos artístico los palacios abandonados a su propia leyenda. — ¿por qué me acuerdo ahora de la visión de Velázquez ante la Villa de Medicis en Roma?, — puede servir de albergue a una concepción más humanística de la proporción que debe existir entre el hombre y su ámbito urbano.

El estilo urbano que produce la corte, no empece a su tragedia secular de imponer la irreal valoridad del símbolo sobre todos los aspavientos humanos, a esa fría proporción con que trata de magnificar su polifacé heroica en la conciencia de los tiempos adversos, a esa eterna soledad que en los arquetipos sobrenaturales produce el quietismo arquitectónico, — a Versalles lo salvan aquellos rostros apostólicos de las esculturas de su cornisamento. — puede servir de albergue a una concepción más humanística de la proporción que debe existir entre el hombre y su mística social.

ATRACCION PARA AMERICANOS

● El hallazgo matritense es el resultado de esa gran atmósfera humana que crea el historicismo villense — *individuum est ineffabile* — cuando logra funcionar fuera de la objetividad histórica del estilo cortesano. Como la corte llega a la villa cuando ya la villa es adulta, Madrid resulta un caso extraordinario de ciudad moderna donde las áreas de vecindad humana tienen un rango urbano superior a las áreas oficiales y a los centros mercantilistas.

El hombre no está desposeído de las áreas más hermosas de su ciudad, ni desplazado hacia el arrabal inocuo. El estilo cortesano, con un gran tacto político, ha ido rodeando al barroco madrileño, como una extra-vecindad impuesta por el complejo social, que empieza en el Palacio de Oriente, asciende hasta la Avenida de la Reina Victoria Eugenia, sigue por la Castellana hasta el Paseo del Prado, se repliega hacia la rosaleda del Parque del Retiro y termina en el Jardín Botánico.

“La ‘simpatía’ que inspira Madrid al viajero americano, es resultado del contraste que existe entre este placentero estilo madrileño, que persiste en mantener la vida al alcance de la mano del hombre y el angustiado estilo

americano, donde la ciudad como que se le escapa al hombre de la mano para acorralarlo en una soledad trágica.

Para el viajero americano, nacido dentro de ese aforismo bárbarico que ha impuesto el subconsciente contributivo, q. preconiza la preeminencia de lo colectivo sobre lo individual, sin darse cuenta de que lo colectivo es la suma exacta de las tragedias individuales que necesita una abstracción para producir todo lo contrario de lo que se propone, Madrid constituye una vindicación.

Cada dibujo ornamental, cada fachada, cada portal es producto de una fantasía distinta donde lo colectivo se resuelve dentro de un cromatismo profundo, que al disolverse en la contingencia urbana forma como una aureola de libertad al espíritu del hombre.

VIDA INTIMA

● El madrileño vive en tal intimidad con su ciudad que algunas veces creemos que la ciudad camina con él, como el pañuelo dentro del bolsillo. En Madrid toda la ciudad coexiste como área histórica y como área moderna.



“Conocí a tu madre algo delicado y sens flor... o por lo menos aquel entonces.”

como área religiosa y como área profana, como vecindario y ministerio.

Basta doblar hacia la izquierda o hacia la derecha para toparse con el pasado o presente, con el callejón legendario o la gran vía, con la artesanía orfebrecida o la mercería suntuaria, con el atrio o la glorieta, con el columnario celeste o la puerta de tierra.

Madrid no es la gran urbe que ha debido producir el descubrimiento de América. Algunas veces cuando se camina por la Calle de Alcalá, desde el Palacio de Buenavista hacia la Puerta del Sol, el ánimo desprevenido siente esa rara sensación que comunica la Wall Street norteamericana: — ¡he aquí una calle organizada para dirigir los negocios del Mundo! — Pero la calle de Alcalá es corta; tan pronto llega a la Iglesia de las Calatravas como que se humaniza, la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando la incorpora al mapa artístico, y termina siendo como es la clásica calle

matritense, un pequeño viaducto que flota entre el hombre y su apetencia arquitectónica. Se ve que el descubrimiento de América fué más una hazaña religiosa, una aventura heroica de sus grandes capitanes, que una empresa mercantilista.

Tampoco se encuentra en la capital española esa solemne grandiosidad que suele instaurar a su alrededor la gran sede religiosa. Todas las grandes catedrales españolas están fuera de Madrid. Las iglesias matritenses conservan el mismo sentido de proporción que mantiene el resto del aura madrileña.

Algo parecido acontece con ese imponente macizo humanista que se extiende desde la Plaza de Colón hasta la Plaza del Emperador Carlos V, el Museo de América, el Museo Arqueológico el Museo Nacional de Arte Moderno, la Biblioteca Nacional, el Museo Naval, la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación, el Museo Nacional de Artes Decorativas, el Museo del Ejército, la Real Academia de la Lengua, las unidades esculturales del Parque del Retiro y esa joya de la grandeza madrileña que constituye el



en un baile. Era
ativo como una
os lo parecía en

Museo del Prado, que por estar situado dentro de la composición más europea del Madrid moderno, no logra romper la proporción arcaica de la ciudad, como acontece con otras ciudades de Occidente, cuando la capitalidad las obliga a convertirse en el centro del humanismo nacional.

EL PASEO EN MADRID

● Cada ciudad le inventa al viajero un paseo reparador para que restablezca un poco esa habitualidad del paisaje que constituye el verdadero reposo del sedentario. En París hay que caminar desde el Puente de Alejandro III hasta la Catedral de Notre Dame, a orillas del Sena, para olvidarse del resto de la ciudad.

En Madrid hay que caminar desde el Parque del Retiro, un jardín que parece bocetado por Velázquez, después de su viaje a Italia hasta la Plaza Mayor, para abstraerse del resto de

la ciudad. Todo lo que en el Parque del Retiro es compostura, melindre señorial, fondo bisfumado en plata para las esculturas y en verdinegro para esos árboles centenarios de que tanto gusta el estilo cortesano, es aguafuertismo. brocha brusca, humanidad densa, en la Plaza Mayor.

Mientras en el Parque del Retiro se puede entender a Velázquez a sus meninas, a sus hilanderas, en la Plaza Mayor solo cabe la profesia surrealista de Goya, sus cacharrereros, sus peleles, sus fusilados.

¡Hermosa Plaza Mayor de Madrid! Esta tarde que la contemplo repleta de soldados de horteras, de fámulas de casa media, aguadoras de doble anca, vendedoras de tabaco rubio, fachendas picados de viruela blanca y sortilegistas del gran premio, puedo reconstruir, a través de ese entrever evanescente que produce la evocación, aquella otra visión del 1765, responsable del pimentoso sainete de don Ramón de la Cruz, con aquella criada de dos camisas, sujeta al guante y a la basquiña de mucho vuelo, por ser las prendas que se ven de fuera, con aquel bachiller pegote que tuvo que festejar su navidad con una sopa de gato y aquel ceremonioso Ponce que gustaba de pasear su capa de usía entre majas y mauleros.

ARPA MADRILEÑA

¿Será verdad que el tiempo camina tan ligero como intuye nuestro presentimiento de la muerte? ¿Será posible que nada de la vida intrascendente que vivimos tantos al mismo tiempo, se pueda salvar de esa etérea destrucción que presupone el devenir?

Porque esta ama de casa de cabeza noble y malicia filosa, que registra inexorablemente canasta tras canasta, se parece como la gota de agua al mar, a aquella beata dolorida que solía lamentarse de su mala fortuna en el sainete madrileño del 1765:

¡Quien te dijera, doña Ana
de Zápalos, cuando eras
el asombro de la corte
por tu pico y tu belleza,

llegara el tiempo en que tú
con todas tus reverendas,
a pie, con poco dinero
y manto prestado fueras
por escarola a la plaza!

Algo hay en las ciudades que no muere. Siempre en algún rincón recóndito, encontramos algo de esa vida mágica que subsiste por encima de todas las leyes ciegas que gobiernan nuestro mundo físico. Plaza Mayor se encuentra inmantada a uno de esos misterios que produce la intemporalidad por encima de la razón del tiempo.

Tal vez un arquitecto se maraville de la composición dramática que se puede lograr con unos estilos arquitectónicos de tan escasa pretensión monumental. Tal vez el sociólogo se sienta intrigado, ante un estilo arquitectónico que parece extravasado en la vida que lo circunda. Tal vez un filósofo pueda resentirse de la arrogancia vital que todavía se atreve a lucir, un sitio cabalístico condenado por la liturgia histórica a sumergirse dentro del claro-oscuro misterioso de la inmortalidad.

Mas para el viajero la Plaza Mayor de Madrid será siempre el arpa madrileña, un arpa en cuyas cuerdas aún vibra la resonancia de un tiempo sin tiempo, que despierta en la conciencia emocional aquella parte de la historia que todavía le pertenece al ensueño.